

Charry Lara en cuatro volúmenes

Vida y obra de Fernando Charry Lara

Instituto Caro y Cuervo,
4 ts., Bogotá, 2012.

TREINTA Y cinco poemas en cuarenta años: tal es el saldo de la poesía de Fernando Charry Lara (1920-2004).

Que Rafael Gutiérrez Girardot definió como “asedio poético a la poesía”, que renuncia a la evolución y a la ampliación temática en aras de una fidelidad que al seguir a Mallarmé sabe que la poesía se mantiene viva gracias al ponerse en permanente tela de juicio.

A ello contribuye su obra crítica, reunida en este caso en los tomos II y III de lo que se ha denominado *Vida y obra de Fernando Charry Lara* (2012), y que de 1940 a 2005 reúne notas, reseñas y ensayos sobre poesía colombiana e hispanoamericana y atentas lecturas de algunos trabajos sobre poetas y poesía moderna, como las que dedica por caso a Apollinaire. El tomo I reúne su mencionada poesía; y el tomo IV lo que se ha escrito sobre ella, más algunas cartas y entrevistas. Todos ellos editados por el Instituto Caro y Cuervo.

Al concentrarnos en los volúmenes mencionados de la tarea crítica hay nombres que se repiten como José Asunción Silva y Aurelio Arturo, Vicente Aleixandre y Luis Cernuda, sin olvidar a César Vallejo y Vicente Huidobro, Pablo Neruda y Octavio Paz. Lo curioso es que estas admiraciones sobre las cuales volverá una y otra vez se definen ya desde sus inicios: Cernuda en 1940, Neruda en 1941, Aurelio Arturo en 1946, al igual que Vicente Aleixandre, y Octavio Paz en 1951. A ellos podemos añadir el nombre de Luis Cardoza y Aragón, a partir de 1956, lo cual nos confirma a Charry Lara como hombre de largas fidelidades y asiduo interés por sus admiraciones poéticas. Todo ello, bueno es no olvidarlo, al lado de su desempeño como abogado y su cumplimiento como profesor universitario.

Al iniciarse como comentarista de libros en los años 1940, tres nombres marcan la pauta en el mundo: Paul Valéry, T. S. Eliot y Rainer María Rilke. En el caso colombiano, mediante una encuesta y un balance, Rafael Maya,

León de Greiff y Guillermo Valencia, a lo cual se añaden voces como las de Darío Samper, Germán Pardo García y Octavio Amórtegui, hoy las tres últimas lejanas del afecto del público. En todo caso, la crisis de la poesía sea por el desdén de los poetas o la indiferencia del público, el hermetismo de la poesía o la incidencia de la política en la misma, no impedía la lenta conquista de nuevos territorios.

Uno de los que con más empeño exploró Charry Lara es, por ejemplo, el que constituía la poesía mexicana, a partir de su interés en la poesía y en la obra crítica de Octavio Paz. Allí estarán Alfonso Reyes, Ramón López Velarde, Xavier Villaurrutia, José Gortázar, Gilberto Owen, Jaime García Terrés, José Carlos Becerra y José Emilio Pacheco, para mencionar los más estudiados. Una tradición sólida y diversificada que se renueva y no deja de ofrecer nuevos aportes, dentro de la institucionalidad con que el Estado captura a sus intelectuales en puestos públicos y les ofrece medios de divulgación tan valiosos como el Fondo de Cultura Económica, la editorial por antonomasia de América Latina.

Otro de los ejes centrales del trabajo crítico de Charry sería el referido a Latinoamérica, donde sobresale su interés divulgativo en obras por entonces soslayadas o ignoradas del todo. Me refiero a los cubanos José Lezama Lima y Cintio Vitier, el ecuatoriano Jorge Carrera Andrade, los chilenos Rosamel del Valle y Gonzalo Rojas, el peruano César Moro, para no alargar en exceso las señas pioneras de Charry al respecto. Lo cual se complementa con su fraternal diálogo amistoso sin fronteras con los venezolanos Vicente Gerbasi, Juan Liscano y Juan Sánchez Peláez. Estas, como las anteriores, son notas para revistas como *Eco* o *El café literario* o su programa en la Radio Nacional, de no más de tres o cuatro cuartillas, pero capaces de llamar la atención con una sobria lectura informada y un despliegue de poemas citados con pertinencia y buen gusto, pues Charry era ante todo un poeta que leía poesía y vivía el aire en que ella se manifestaba.

Desde la música de las ideas de Valéry hasta la desintegración expresionista con que Neruda comunica su mundo de cosas muertas y desgastadas, en un surrealismo personal que

Charry admiraría, trátase de Neruda como de Aleixandre. El poder evocador y revulsivo de los sueños conducidos por una mano nocturna que dibuja con lucidez su fuerza impugnadora de las convenciones sociales, como en el caso de Cernuda.

Todo lo cual remite, en alguna forma, a ese anhelo de equidad social en una sociedad injusta como la colombiana, que lo llevará a trazar paralelismos iluminadores con una Cuba como la de Cintio Vitier, en los que subrayará cómo la figura de Julián del Casal se da en un escenario en el cual “Nuestro sol brilla implacable, el cubano es ruidoso y alegre, pero un fondo de indiferencia, de intrascendencia, de nada vital, se va apoderando de su vida”, pues “ya sabe que pertenece a un pueblo sin destino”.

Preocupación que Charry compartirá al referirse al escritor colombiano como exiliado en su propio país y que en uno de los ejes de sus meditaciones, la relación América/España, lo llevará a compartir en alguna forma lo que expresó Rubén Darío en 1896: “La evolución que llevará al castellano a ese renacimiento habrá de verificarse en América, puesto que España está amurallada de tradición, cercada y erizada de españolismo”.

Por el contrario, en ese espacio indomable y devorador que ejemplariza una de sus admiraciones más grandes: *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, Charry busca proponer una tradición que concilie el orden con la aventura, la forma con la idea, la superación del brillo decorativo por una expresividad más despojada y más íntima.

También propender, en 1942, en plena Guerra Mundial, por una claridad descarnada sobre nuestra condición: “Nosotros, que nacimos en un país pobre, de economía incipiente, no alcanzamos a comprender, para ser francos, las razones justas de estas ambiciones y de estas guerras de imperialismos”.

Por ello, en medio de la Violencia política que reflejarán algunos poemas suyos como los referidos a Tuluá, irá conformando el más equilibrado breviario de historia de la poesía colombiana, donde destacan además de sus varios trabajos sobre Silva, sus ensayos sobre Guillermo Valencia, Eduardo Castillo, Porfirio Barba Jacob, León de Greiff, Aurelio Arturo, Jorge Rojas, Eduardo Carranza, Carlos Martín,

RESEÑAS		
Álvaro Mutis, Jorge Gaitán Durán y Giovanni Quessep, además de reconocer una figura como Meira del Mar. Otro de sus aportes son sus detallados panoramas de grupos como los de Los Nuevos o Piedra y Cielo, al estudiar sus rasgos comunes y las características de cada uno de sus integrantes. Muchas virtudes ostentan estas rescatadas páginas de Charry: sobriedad, información, equilibrio analítico, juicio firme y apoyo razonado a los nuevos poetas. Pero las sorpresas y los hallazgos que deparan estos cuatro volúmenes publicados por el Instituto Caro y Cuervo en 2012 gracias a un equipo integrado, entre otras, por Nancy Rozo Melo, Gloria Esperanza Duarte y María Bernarda Espejo, con la asesoría general de Margarita Valencia, constituye todo un acontecimiento: un valioso poeta que supo reconocer y analizar su tradición nacional y situarla en un diálogo expresivo con Latinoamérica y España. Algo que muy pocas veces se ha dado en Colombia. Juan Gustavo Cobo Borda		